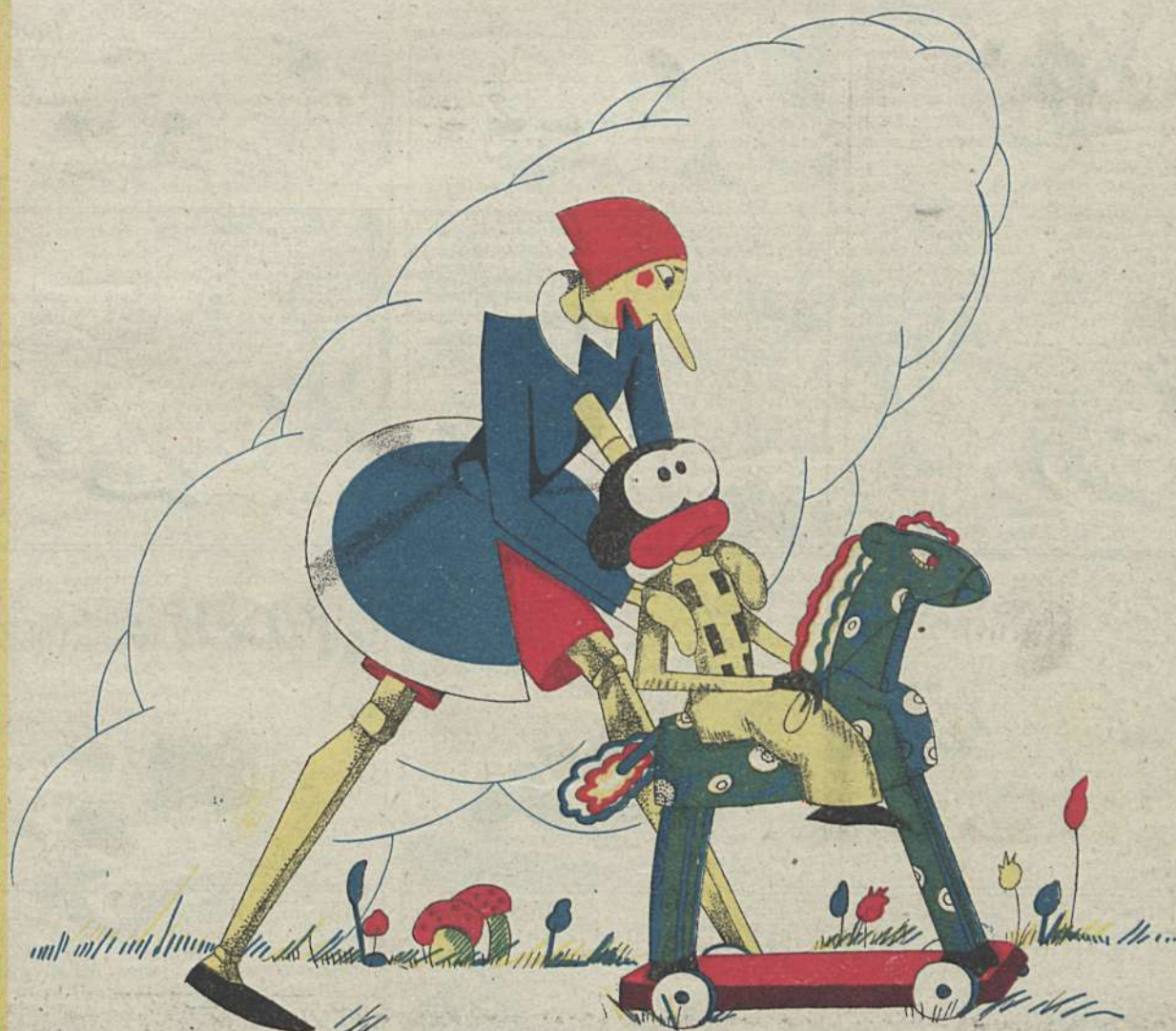


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 172

25 cts

3 JUNIO
1928



-OYE PINOCHO, UNA NIÑA QUE TIENE FRIO VALE MUY POCO
-¡HOMBRE! ¿POR QUÉ?
-¡PORQUE ES UNA FRIOLERA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORSÍ

(Continuación.)

Mientras Wassili parecía meditar respetuosamente las graves palabras del maestro, el galope de un caballo, un estrépito de hierros rotos, un grito humano agudo y penetrante se sucedieron unos a otros precipitadamente, yendo a extinguirse bajo la misma ventana de la casa de campo.

Wassili abrió los postigos precipitadamente.

Sobre la claridad de la nieve, muy visible a la viva luz de dos faroles, apareció una gran mancha oscura, formada por un vehículo y un caballo. En un santiamén el profesor y el ayudante encontráronse en la carretera.

—¡Socorro!—gritó al verlos un hombre que luchaba trabajosamente por desembarazarse de la pelliza y del estorbo de los arreos de los caballos.

Los dos recién llegados se dieron muy pronto cuenta del accidente.

Un trineo estrecho y sin respaldo, uno de esos vehículos ligerísimos y elegantes a los cuales se ha dado el nombre significativo de *egoístas*, tirado con demasiada velocidad por un caballo brioso y colérico, había volcado, lanzando sobre la nieve a los dos viajeros. El caballo, que también había rodado por el suelo, hacía vanos esfuerzos para levantarse, acompañando a la acometida los estremecimientos de su agitación nerviosa.

Rápidamente, ayudado por el profesor y por Wassili, el hombre que había pedido auxilio se libró de todas las trabas que le retenían, y poniéndose en pie, gritó con voz angustiosa:

—¡Vera!

Nadie le respondió.

Desparramando la mirada rápida y atenta a su alrededor, vió a unos veinte metros de distancia, a lo largo del camino recorrido, una mancha oscura sobre la nieve.

Los tres hombres corrieron hacia allí, mientras el viento glacial e impetuoso les azotaba el rostro.

—Vera, respóndeme—gritó el viajero inclinándose hacia la mancha oscura, formada por una pelliza arrollada en torno a una persona.

—Debe estar desmayada, señor—dijo Wassili.

—¡No perdamos un instante!—interrumpió el profesor—transportémosla a la casa!

—¡Un médico! ¡Cómo encontrar un médico en este sitio y a esta hora!

—Nada más fácil, señor. Yo soy médico.

Mientras decía esto, el profesor había levantado con delicadeza la cabeza de la persona, que según todas las probabilidades estaba desmayada, mientras que Wassili y el viajero levantábanla por los sobacos. En pocos minutos la transportaron a la casa de campo, depositándola en uno de los dos lechos de la habitación del primer piso.

Entretanto, aquel bullicio insólito había interrumpido bruscamente el sueño de la anciana doméstica. Marta entró en la habitación precisamente en el momento en que el profesor levantaba el rico chal de Orenburg que cubría la cabeza de la persona que yacía en el lecho, descubriendo un rostro cubierto de una palidez mortal, pero de una maravillosa hermosura.

—Vera, respóndeme, ¿qué es lo que te duele?—interrogó desesperado el viajero, inclinándose hacia aquel rostro pálido, pero lleno de gracia...

—Tranquilecese usted, señor—dijo el sabio mientras oprimía entre los dedos el pulso de la enferma—, no está más que desmayada y no tardará mucho en recobrar el conocimiento. ¡Wassili!—continuó el profesor volviéndose hacia su ayudante, que estaba de pie, extático ante el bellísimo rostro de la viajera—¡ánimo!, corre a la carretera a libertar a aquel pobre animal de sus arreos, mételo en la caballeriza y busca un sitio en la cochera para el pequeño *egoísta*.

Wassili, como si saliera de un sueño, salió apresuradamente de la habitación, mientras el profesor acercaba a la nariz de la enferma un frasquito de esencias muy fuertes.

—¡No vuelve en sí!—suspiró desolado el gallardo y arrogante joven.

El profesor pareció no oírle; examinaba atentamente los miembros de la enferma. Después de haberla libertado de su pelliza la quitó con delicadeza el cuerpo del vestido. Al ver el brazo derecho, nublóse el rostro del profesor.

—¿Es algo grave?—inquirió inquieto el viajero.

El profesor, permaneciendo silencioso, cogió el brazo de la viajera, en el cual, un poco más abajo del hombro, veíase una notable deformidad, y le imprimió un leve movimiento.

La joven, pues la enferma no podía tener más allá de dieciocho años, lanzó un leve gemido.

El profesor entonces apretó el brazo con ambas manos por encima y por debajo de la deformidad, imprimiendo a las dos un leve movimiento lateral en sentido opuesto y acercando el oído al brazo.

La vieja Marta y el forastero contenían inmóviles la respiración.

En el silencio de la habitación percibióse claro y distinto un leve gemido.

La joven gimió con más fuerza.

—¿Qué es eso?—volvió a interrogar el forastero—mi hermana no vuelve en sí... que yo oiga al menos su voz...

—Más vale—repuso en voz baja el profesor—que no recobre en seguida el sentido. Wassili—añadió el profesor volviéndose a su ayudante que regresaba en aquel momento—prepara en seguida todo lo necesario—y le señaló a su discípulo el brazo blanco y deforme.

Wassili salió, reprimiendo a duras penas un gesto de asombro doloroso.

—¡Dios mío! ¿Es algo grave? Le ruego, señor, que me saque cuanto antes de esta horrible incertidumbre.

—No se aflija usted de ese modo. La cosa tal vez tenga menos gravedad de lo que a primera vista parece. Su hermana ha sufrido la fractura del brazo derecho; pero si no se presenta ninguna complicación, con el vendaje que voy a ponerla, mañana por la mañana podrá de nuevo ponerse en camino y regresar a su casa.

—¡Cómo!—exclamó el forastero—¿no podremos partir en seguida?

—¿No oye usted?—dijo el profesor, callándose de repente. El ruido de la tormenta llegaba amenazador desde los más apartados rincones del bosque.

Además—continuó—su hermana no puede moverse hasta que el aparato no esté solidificado del todo...

El forastero inclinó el rostro en señal de desaliento.

—¿De modo que no sólo tendré que utilizar sus auxilios, sino también su hospitalidad?

El profesor sacudió bruscamente la cabeza.

—Sepa yo al menos—añadió el forastero—a quién debo dar las gracias por tanta bondad.

—No vale la pena—gruñó el profesor.

—Al profesor Guthowsky—dijo Wassili, que al volver con el aparato había oído la pregunta del viajero.

—¿Al célebre sabio?

Wassili se inclinó, mientras el profesor, con su ayuda, volvía a poner en su sitio con movimientos delicados, pero seguros, los fragmentos del húmero roto.

La enferma se agitaba y gemía. De pronto lanzó un grito agudo.

Su hermano inclinóse hacia ella amorosamente.

—¡Ya está!—exclamó el profesor con aire satisfecho y les enseñó a Wassili y al forastero el blanco brazo que había vuelto a adquirir su admirable armonía de líneas.

La joven abrió los azules ojos, de un azul purísimo, que por un capricho singular de la casualidad contrastaban con las pestañas y las cejas tupidas y negrísimas.

—¡Cuánto he sufrido!—murmuró—¡y cuánto sufro! Y luego, mirando a su alrededor:

—¿Qué es esto? ¿En dónde estoy?

—No es nada, Vera, hermana mía—dijo su hermano con gran apresuramiento—un pequeño accidente de viaje... El profesor Guthowsky nos ha recogido en su casa.

—¡Ah!... ¡Mi brazo! ¿Qué es lo que tengo en el brazo? ¿Qué me han hecho?

—No es más que una leve contusión, Vera. Ahora te lo han vendado. No lo muevas.

La joven fijó los ojos en los rostros del profesor y de Wassili, que acababan de terminar el vendaje de yeso; pareció comprender lo que habían hecho y les demostró su gratitud a los dos médicos con una hechicera y amable sonrisa.

—¡Tengo frío!—murmuró e hizo estremecerse todo su cuerpo un vivo escalofrío.

Wassili la echó encima la pelliza, mientras Marta reavivaba el fuego de la estufa.

El profesor la tomó el pulso a la enferma y un surco profundo dibujóse en su frente.

La hizo una seña a Marta.

—Una taza de té caliente.

Marta corrió apresuradamente al comedor.

—¡La fiebre!—murmuró el profesor al oído de su ayudante.

—¿Está Vera peor?—preguntó el hermano de la enferma.

—Tiene un poco de fiebre.

—¡Y yo que quería llevármela a casa en seguida!

—¿Adónde iba usted, señor?

—A nuestra casa, profesor, a la Gran-Morskoia. Perdona usted si a causa de la turbación y el pesar que me ha producido este desdichado accidente he faltado a un deber de cortesía. Soy el príncipe Marekine. Mi hermana tuvo esta noche un capricho. Me suplicó tanto que yo la acompañara a la taberna de *Samarkanda* para oír las canciones de los Tziganes... que tuve la debilidad de complacerla. Nuestra ida ha sido felicísima. A la vuelta, huyendo de la tempestad de nieve que amenazaba descargar con más fuerza, excité demasiado al caballo con la voz y con el *knut*. El animal emprendió una carrera vertiginosa, yendo a chocar contra un bloque de hielo que obstruía el camino... Ya sabe usted lo demás...

Vera había vuelto a abrir los ojos como para escuchar el relato del príncipe, haciéndola estremecerse otro escalofrío.

—¿Tienes frío, pobre Vera?

—¡Mucho!—murmuró la joven.

El profesor se levantó y le hizo una seña a Wassili para que le siguiera. El príncipe, al quedarse solo con Vera, siguió con el oído el rumor de sus pasos en la escalera.

—Vera—dijo al cabo de un instante con la voz baja.

La enferma volvió el rostro lentamente.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¡Ay de mí!—suspiró el príncipe hablando apresuradamente—la cosa ha salido demasiado bien, pobre Vera.

Una sonrisa imperceptible contrajo los labios de la enferma.

—¡Sufro mucho!

—¡Valor! Este es un momento en que debes desplegar toda tu energía... ¡Silencio! ¡Vienen!...

Y el príncipe recobró en el acto la expresión de antes. Los pasos del profesor y de su ayudante resonaban otra vez en la escalera.

El profesor entró poco después, llevando en la mano una poción. Se acercó a la enferma y se la presentó.

—Esto la hará bien—dijo Wassili, mientras el príncipe levantaba con gran lentitud la cabeza de la joven.

Ella bebió la taza de té, en donde estaba disuelta la droga benéfica y volvió a desplomar la cabeza sobre las almohadas.

—¡Y ahora a descansar!—la dijo el profesor—. Luego disminuyó la luz y la habitación quedó envuelta en una suave penumbra.

Marta entró ocupando el puesto de los tres hombres.

Afuera la tormenta se desencadenaba con una violencia infernal.

II

La cripta de nuestra señora de Kazan.

—¿Lo recuerdas exactamente?

—Como si lo oyese ahora.

—Repítelo.

—Estaba solo en su lecho, lo que sucedía muy rara vez, en un estado de subdelirio; es decir, que las cosas reales aparecíansele bajo un aspecto vago e incierto, ni todo ficticio ni verdadero del todo. No podía formarse un concepto exacto de la realidad y se había vuelto imprudente, aunque sincero. Era víctima de una gran sobreexcitación y parecía encolerizarse contra alguien que ponía en duda el valor de sus estudios y de sus descubrimientos.

—¡Las palabras, las palabras!

«Os digo—decía muy excitado—que yo puedo matar a un hombre cuando quiera y como quiera, sin que nadie se dé cuenta. Recordad a Cagliostro... Al llegar aquí se calló. Luego, como si su invisible adversario le hubiese hecho algunas objeciones, se incorporó en su lecho furiosamente, y clavándose en el rostro los ojos inyectados de sangre, exclamó: «¡Aquello era quizás una impostura, pero lo mío es verdad!» Yo estaba pendiente de sus labios. Hubiera querido hablar para obligarle a explicarse con más claridad; pero tenía miedo de romper el encanto. En aquel momento extendió la diestra hacia un punto desconocido del espacio, murmurando al mismo tiempo: «¡El secreto está allí!»

—¿En dónde?

—¡Ah! ¡Este es el misterio!

—¿Y no viste nada más?

—¡Nada más! En aquel momento entró Wassili. Jorge volvió a dejar caer la cabeza sobre las almohadas desparamando en torno suyo una mirada recelosa. Dijérase que había recobrado el conocimiento y la memoria, y comprendía por fin el yerro cometido.

—¿Y no pudiste formarte una idea del misterioso escondrijo?

—No. Desde aquel momento comenzó Jorge a mejorar; Wassili y Marta no lo dejaron solo ni un momento, y él no sólo recobró el conocimiento, sino que se hizo más prudente y receloso que antes.

—¡Hay que apoderarse a toda costa de ese secreto!

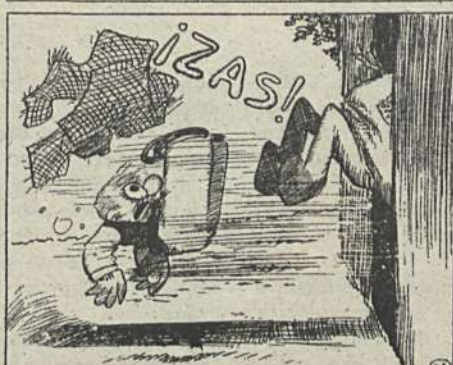
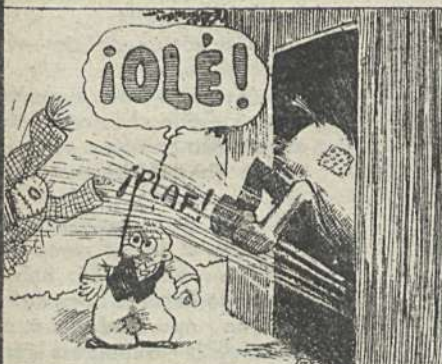
—¿A toda costa?

Este diálogo habíase sostenido a una hora avanzada de la noche, en un lugar extraño, entre dos hombres envueltos en gruesas pellizas, con la cabeza cubierta por un ancho gorro de pelo.

(Continuará en el número próximo.)



DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



LA ESTRELLA DEL SUR

CUENTO POR

E. J. AGARRA

Una vaga inquietud íbase apoderando de los mineros, que comenzaban a arrepentirse de haberse confiado a aquel negro, y temían de su parte alguna traición.

Recordaban haber oído muchas veces que otros negros habían atraído con astucia a inexpertos mineros para encarnizarse luego con ellos en medio de sus espantosos desiertos, sin más móvil que el de apoderarse de sus armas de fuego.

El mismo Im, aun cuando no llegara a dudar del viejo a quien había salvado de una muerte cierta, y le creyera incapaz de retribuir su deuda de gratitud con una traición, se sentía algo turbado, y habría preferido encontrarse aún en su campo diamantífero, donde, a lo menos, era posible ver rostros humanos. El cafre, a sus insistentes preguntas, limitábase a responder:

—Un día serás rico, porque entre los diamantes encontrarás también la *Estrella del Sur*, que es el más grande entre los que poseyeron mis antecesores, y que brilla sobre la tumba de Katifa, fundador del reino de los cafres.

Por fin, al cabo de cinco días, salieron del ardiente desierto y se encontraron ante una imponente cordillera, tan alta que sus picos se veían —cosa que parecía imposible en Africa— cubiertos de nieve lo mismo que el Kilimanyar.

—¿Es allá arriba donde encontraremos la *Estrella del Sur*?

—preguntó Im al cafre, mientras sus compañeros contemplaban con espanto aquellos colosos que parecían querer tocar el cielo con sus cimas.

—Si —respondió el viejo.

—¿Podremos llegar hasta allí?

Con paciencia, ya lo creo.

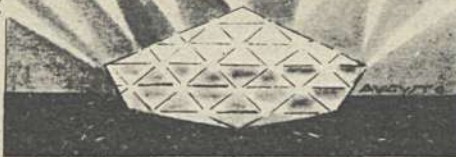
—¿Conoces el camino?

—Estoy seguro de reconocerlo.

Después de detenerse durante la noche en un llano en el que hormigueaban hambrientos chacales, y animados por la esperanza de poderse hacer rico en poco tiempo, los mineros, precedidos siempre por el cafre, se aventuraron en el espeso monte que cubría las laderas. Avanzaban con grandes trabajos, abriéndose fatigosamente el paso entre la maleza y los troncos, desplomados de puro decrepitos, empujando y tirando de los bueyes, que a ningún precio querían abandonar.

De vez en cuando tenían que detenerse para luchar con las hienas, enfurecidas por el hambre, que las empujaba a acometerlos, haciéndolas bajar a manadas de los bosques y de la cima de las montañas.

Durante cuatro días, los mineros continuaron subiendo siempre, bordeando espantosos precipicios, atravesando torrentes furiosos de agua gélida a pesar del sofocante calor, hasta llegar a un profundo valle encajonado entre dos montañas cortadas a pico y cubierto de sicomoros de un centenar



(Continuación)

de metros de altura. El cafre se detuvo, diciendo a Im:

—Ya estamos:

—¿Y la caverna? —gritaron a un tiempo todos los mineros.

—Cerca de aquella cascada que se precipita allá abajo —respondió el interpelado.

—¿No me engañas? —preguntó Im.

—Un negro no se equivoca nunca. Preparad las armas y seguidme.

—¿Hay peligro?

—Esa caverna estuvo ocupada algún tiempo por una pareja de leones colosales, y acaso lo esté todavía.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los vi yo mismo, y por milagro me escapé de sus garras.

—Pues aunque sean diez, los mataremos —dijeron todos, resueltos a desafiar todos los peligros con tal de apoderarse del tesoro.

Ataron los bueyes a un árbol, armaron los fusiles y echaron a andar detrás del cafre, que avanzaba con cautela, examinando el terreno, del que brotaban aquí y allá algunas matas aisladas.

La caverna se abría junto a una catarata, que caía desde una altura de más de cien metros, con estruendo ensordecedor, que repercutía incesantemente en el oscuro valle.

El cafre acercóse a la abertura de la cueva, tan angosta y obstruida por la vegetación que apenas se descubría, y se detuvo, diciendo a los mineros:

—Los leones siguen aquí, y se han dado ya cuenta de nuestra presencia. Si no acertamos a matarlos, el tesoro acumulado ahí dentro por mis antecesores no será vuestro.

—Yo seré el primero en hacerlos frente —dijo Im, con voz sofocada.

—Y nosotros contigo —repusieron los otros.

—Prudencia, hermano blanco —dijo el cafre—. No sabes cuán terribles son los leones que habitan estos parajes.

Im no le escuchaba ya. Resuelto a poner mano en el tesoro prometido, había avanzado hacia la boca de la caverna, apartando con el cañón de la carabina las hierbas que colgaban de lo alto, a modo de cortina.

Se disponía a entrar en la cueva, cuando un león enorme, de espesísima y negra melena, se precipitó de pronto sobre él, lanzando un espantoso rugido. Im había visto otros leones, y hasta en ocasiones los había cazado; pero nunca tan grandes como aquél.

Sorprendido por la brusca aparición, el valiente joven retrocedió, haciendo fuego casi sin apuntar, y de pronto sintióse derribado en tierra.

El león, de un potente salto, había caído sobre él, plantándole las garras en la espalda y amenazando triturarle el cráneo.

Los mineros, asustados, dispararon también a la ventura, y se desparramaron luego como una pandilla de muchachuelos, gritando:





—¡Está perdido! ¡Huyamos!...

El viejo cafre, por el contrario, al ver en peligro a su salvador, no vaciló un instante en acudir a socorrerle.

Con sus sesenta otoños a las costillas, todavía se conservaba robustísimo y muy ágil, y no era la primera vez que hacía frente a las fieras de la selva africana.

Se arrancó del cinto el ancho cuchillo y lanzóse a la defensa de Im, gritando a los mineros fugitivos:

—¡Disparad, cobardes!

El león rugía furioso y no abandonaba su presa.

El negro se le acercó a cuerpo limpio y sepultó el cuchillo en su garganta. Al sentirse herido, el león dejó a Im y volviéndose contra el cafre; éste, mientras tanto, había recogido del suelo su tremendo venablo, con el cual defendióse asestando a la fiera una lluvia de golpes a la desesperada, y tuvo la fortuna de derribarlo exánime y desangrándose por sus numerosas heridas.

—¡Está muerto! —gritó a los mineros, que por fin se habían decidido a dejar de huir—. Podéis volver sin miedo a que os devore.

El cafre había salido del encuentro sin la menor lesión; pero no así el pobre Im, gravemente herido por los potentes garras de la terrible fiera, que le habían lacerado de un modo horroroso los hombros y la espalda, haciéndole imposible el regreso a través del desierto.

Mientras el cafre le curaba y lavaba sus heridas, los mineros, movidos por una brutal sed de riquezas, se precipitaron al interior de la cueva, sin preocuparse del estado de su desgraciado compañero.

Una vez dentro, encontráronse en una cámara espaciosa, que parecía excavada en la roca a golpes de escoplo; en el suelo veíanse en gran número sarcófagos de arcilla, con cabezas de cocodrilos disecadas y aplicadas a modo de adorno a sus esquinas. En medio había uno de mayor altura que los demás, rematado por un león de arcilla también, toscamente modelado, y en cuya cabeza un diamante del tamaño de un huevo de paloma despedía vivísimos fulgores.

—¡La Estrella del Sur! —gritaron los mineros.

Arrancaron el diamante de su montura, examinándolo y sopesándolo, anhelantes de codicia.

—¡Lo menos vale un millón! —exclamó el más viejo.

Como locos, se lanzaron a los sarcófagos, destrozándolos con sus picos.

Reían, cantaban, interrumpían su trabajo para abrazarse, y lanzaban al aire las momias de los reyes cafres, que estaban ajustadas entre las paredes interiores de los sarcófagos.

¡Y cuántos diamantes había! ¡Nunca soñaron con tal abundancia! La mayoría estaban en bruto, pero algunos habían sido groseramente tallados y lanzaban destellos fascinadores que les obligaban a volver la vista.

Aquella prodigiosa recolección duró aproxima-

damente media hora. Vaciadas todas las tumbas, los mineros echaron cuentas para determinar la cantidad de diamantes que habían recogido, y vieron que su valor pasaba de dos millones de libras. Aquello era una fortuna, ganada en pocos minutos y casi sin esfuerzo. Miráronse unos a otros con los ojos encendidos, la mano en la empuñadura del cuchillo. Era evidente que el mismo pensamiento turbaba sus cerebros exaltados: había que deshacerse de los compañeros para ser único poseedor de aquellas riquezas.

Pero se interpuso el más viejo:

—No hagamos locuras —dijo—. Aquí hay bastante para que seamos todos ricos. Tanto peor para el herido y para el cafre.

Ninguno tuvo el valor de protestar contra aquella infamia. Dividieron, pues, los diamantes en cuatro partes, que metieron en sacos de piel, y dispusieron a preparar la comida, sin acordarse de su camarada, a quien, por otra parte, no tenían ningún deseo de ver.

Por fortuna, las heridas de Im no eran tan graves como los mineros creyeran. Pero las garras habían marcado profundos surcos en la espalda del valiente mozo, y esto requería una larga curación y, por consiguiente, una permanencia entre aquellas montañas, con grave riesgo de agotar los víveres.

Probablemente, este era otro de los motivos que les inducían a abandonar al herido a su destino.

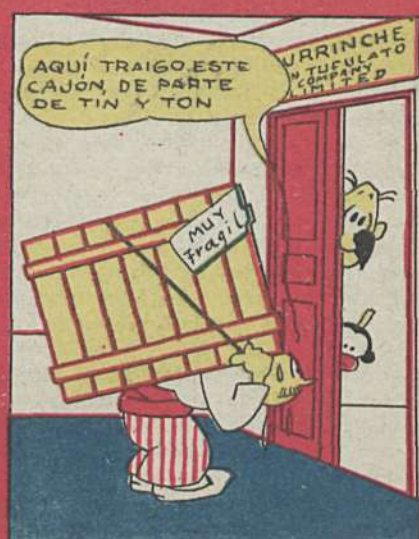
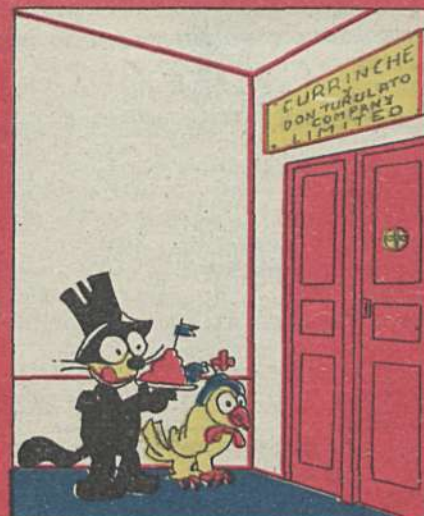
Por la noche, los bribones fingieron dormir junto a los bueyes para prevenir un posible ataque nocturno. Por su parte, el cafre se acurrucó en la sala de los muertos, donde antes encendió un gran fuego para calentar al herido.

(Continuará en el próximo número.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PORQUE NO SE-
RÁ DE UNA PIEZA
TODA LA RISTRA
DE LOS CHO-
RIZOS?



¿SE HABRÁ
COMIDO AL-
GUNO EL
NIÑO?



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

COMO PROFESOR DE HIS-
TORIA NATURAL SOSTEN-
GO Y AFIRMO QUE PRIME-
RO SON LOS NOM-
BRES Y DESPUES
LOS MONOS.

¡CHARLA
QUE TECHAR-
LA, Y YO SIN
COMER!



¡PUES YO CO-
MO ANTROPO-
LOGO AFIRMO
QUE PRIMERO
LOS MONOS Y
DESPUES LOS
HOMBRES!

¡DE ESTA DIS-
CUSION NO VA
A SALIR NADA
DE PROVECHO
PARA MI ALI-
MENTACION!



¿A DONDE ME
ENCAMINARE
PARA VER SI
ENCUENTRO
LA MANDU-
CATORIAL?



¡DIOS QUIERA
GUIAR MIS PASOS
A ALGÚN SITIO, DON-
DE ABUNDE LA CO-
MIDA!



¡TOMA, YA
LLEGÒ LA
HORA DE
COMER!



¡TODOS
COMEN
MENOS
YO!



¡LOS MO-
NOS PARE-
CE QUE NO
TIENEN MU-
CHA HAM-
BRE!



¡QUE SE
ESCAPAN
LOS MO-
NOS!



¡LO QUE AFIRMARÉ SIEM-
PRE YO! ¡PRIMERO LOS
HOMBRES Y DETRÁS
LOS MONOS!



¿QUÈ PASA?



¡TENIA RAZÓN EL VIE-
JO; PRIMERO LOS HOM-
BRES Y DETRÁS LOS
MONOS! ¡YA GRAN
VELOCIDAD!



FAT SULLIVAN

CUENTOS DE CALLEJA

JUSTICIA DE DIOS

Castillo



ACE mucho tiempo, iba de viaje un pobre peregrino llamado Pedro, y sucedió que, cansado una tarde, le sorprendió la noche antes de poder llegar a una posada.

Entonces vió en el camino dos casas, una enfrente de otra, una grande y hermosa, la otra pequeña y de aspecto pobre. La grande pertenecía a un hombre opulento; la pequeña, a un pobre labrador.

El peregrino pensó:

—Al rico no le pesará mi presencia; a su puerta llamaré.

El rico, al oír llamar, abrió de mal humor la ventana y preguntó al forastero qué se le ofrecía.

Este respondió:

—Sólo pido albergue.

El rico midió al viajero de los pies a la cabeza, y como iba vestido modestamente de peregrino y no tenía aspecto de llevar mucho dinero en el bolsillo, dijo, meneando la cabeza:

—No puedo recibirlos; mis aposentos están llenos de hierbas y de semillas, y si fuera a socorrer a todos los que vienen a llamar a mi puerta, tendría que ir a pedir limosna yo también. Buscad albergue en otra parte.

Y, cerrando la ventana de un golpe, dejó al peregrino a la puerta.

Entonces, éste se dirigió a la casa pequeña y llamó.

Apenas hubo llamado, el pobre abrió su puertecilla, y, con la mayor cordialidad del mundo, convidó al viajero a que entrase y pasase la noche en su casa.

—Ya es de noche —dijo—, y no podríais seguir adelante.

Pedro entró y la mujer del pobre le recibió afectuosamente, diciéndole que estuviere como en su casa, y que, aunque era muy poco lo que podían ofrecerle, esto poco se lo ofrecían de todo corazón.

En seguida puso unas patatas al fuego, y, mientras estuvieron cociendo, ordeñó su cabra para que tuviesen también un poco de leche.

Puesta la mesa, el peregrino se sentó y comió con aquel matrimonio pobre, y la mala comida le gustaba, porque veía caras satisfechas y corazones limpios.

Concluida la comida, y como ya era hora de dormir,

la mujer llamó en secreto a su marido, y le dijo:

—Escucha, esposo mío; esta noche nos echaremos en un poco de paja para que el viajero pueda echarse en nuestra cama y descansar; ha andado tanto durante todo el día, que debe de estar cansado.

—Con mucho gusto —contestó— se lo ofreceré así.

Y, acercándose a Pedro, le rogó que, si gustaba, se echase en su cama para descansar bien, pues ellos se la ofrecían de todo corazón.

Pedro no quería aceptar; pero sus huéspedes insistieron incansablemente. Pedro hubo de dormir en la cama y ellos sobre la paja.

A la mañana siguiente se levantaron al rayar el día y prepararon al huésped un frugal desayuno.

Al entrar los primeros rayos del sol por la ventana, y así que el peregrino se levantó, comió de nuevo con ellos y quiso seguir su camino. Pero estando ya en la puerta, se volvió y dijo:

—Sois muy caritativos y piadosos, y yo, aunque parezco un pobre peregrino, soy algo más; pedid tres cosas y os las concederé.

Entonces dijo el pobre:

—Pido la salvación eterna y que los dos tengamos salud mientras vivamos y pan para comer cada día; para la tercera cosa no sé qué pedir.

Y el peregrino le dijo:

—¿Qué? ¿No quieres una casa nueva en cambio de esta vieja?

El hombre dijo que si se la daba además, que le gustaría.

Entonces Pedro realizó sus deseos y trocó la casa vieja en una nueva, y hecho esto, los dejó y siguió su camino.

Ya muy entrado el día el rico se levantó y, poniéndose a la ventana, vió enfrente, en el sitio donde antes se levantaba la vieja choza, una hermosa casa nueva con ladrillos encarnados y ventanas hermosas.

Se extrañó mucho, y llamando a su mujer le dijo:

—¿Puedes explicarte cómo ha sucedido esto? Ayer todavía estaba allí una choza miserable, y hoy es una hermosa casa nueva; corre enfrente y entérate de lo que ha pasado.

La mujer fué y preguntó al pobre, que le dijo:

—Anoche vino un peregrino que buscaba albergue, y esta mañana, al despedirse, nos ha concedido tres





peticiones: la salvación eterna, salud en esta vida y el pan preciso de cada día, y, además de eso, cambió nuestra vieja choza por esta hermosa casa nueva.

Cuando la mujer del rico hubo oído esto volvió a su casa y contó a su marido lo sucedido.

El hombre dijo:

—¡Oh, rabial! Si lo hubiese sabido! Ese forastero también ha estado aquí; pero yo le despaché con cajas destempladas.

—Date prisa —dijo la mujer—; monta a caballo, y todavía podrás alcanzar al hombre y hacer que también te conceda tres peticiones.

Montó a caballo el rico y, después de alcanzar al peregrino, le habló amablemente y con dulzura, diciéndole que no tomara a mal que no hubiera abierto en seguida la tarde anterior, y que, mientras estaba buscando la llave de la puerta, él se había marchado; pero que, si algún día volvía por aquel camino, le haría entrar a la fuerza y le obsequiaría mucho.

—Sí —dijo Pedro—; si vuelvo algún día entraré en vuestra casa.

Entonces preguntó el rico que si no podía pedir tres cosas como su vecino.

—Sí —replicó aquél—, puedes hacerlo; pero no te lo aconsejo, porque no te conviene.

El rico pensó escoger algo que hiciera su felicidad.

Y Pedro le dijo:

—Vuélvete a casa, y tres cosas que pidas se te darán.

Ya el rico había conseguido lo que deseaba, y, camino de su casa, fué pensando qué pediría.

Pensativo, soltó las riendas, y el caballo empezó a brincar y no le dejaba recoger sus ideas.

El hombre trató de apaciguarlo; pero el animal se encabritó de nuevo.

Por fin, al dar el caballo nuevamente un brinco, el hombre, impaciente, exclamó:

—¡Así te rompieses el cuello!

Apenas lo dijo, cuando el caballo cayó en tierra y murió.

Con esto se había cumplido la primera petición del rico.

Pero como era avaro por naturaleza, no quería perder la silla, y cortando la cincha se la echó a los hombros y tuvo que volverse a su casa a pie.

—Aún me quedan dos cosas que pedir —pensó—. Mas aunque pida todo lo imaginable, se me ocurrirá

luego más; pero yo lo arreglaré de modo que quede satisfecho.

Algunas veces creía que lo había encontrado; pero siempre le parecía insignificante y pequeño lo que se le ocurría.

Entonces pensó que su mujer estaba perfectamente en casa, sentada en una habitación fresca y regalándose. Esta idea le incomodaba, y, sin poderlo remediar, dijo entre sí:

—¡Ojalá estuviera mi mujer en casa, sentada sobre esta silla de montar, sin poder bajarse, en vez de tenerla yo que llevar a cuestras!

Apenas pronunció la última palabra, la silla desapareció de sus hombros y notó que se había realizado su segundo deseo.

Entonces fué cuando empezó a sudar de veras y a correr para llegar antes a su casa.

Pero al entrar en ella vió a su mujer sentada en la silla de montar, sin poderse bajar, quejándose y gritando.

Entonces le dijo:

—No te desesperes; yo pediré todas las riquezas del mundo si te estás sentada ahí.

Pero ella contestó furiosa:

—¿De qué me sirven todas las riquezas del mundo si he de estar sentada siempre en esta silla? Tú lo habrás deseado así; haz, pues, que me pueda bajar otra vez.

El rico avariento pidió que la silla soltase a la mujer, e inmediatamente le fué concedido.

Una vez suelta la mujer, le dijo al marido.

—Eres un estúpido; yo lo hubiera hecho mucho mejor que tú.

En resumen: al hombre rico no le trajo la facultad de pedir tres cosas mas que disgustos, trabajos, malas palabras y el caballo perdido; mientras los pobres, que tenían mejor corazón, vivieron contentos, tranquilos y piadosos hasta su muerte.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido buho. Hoy traigo apuntada en mi librito de notas una pregunta que deseo hacerte y que, de la misma forma que tras del hilo se saca el ovillo, puede que detrás de la preguntita salga el tema para nuestra charla de hoy.

—Posible y hasta seguramente que así será, amigo Chononcito. De las cosas que se juzgan como insignificantes pueden salir temas de importancia insospechada. Venga, pues, esa preguntita y ya veremos lo que sale de ella; ¿no te parece?

—Pues ahí va mi consulta. He leído en un lindo libro que trata de las costumbres de las aves que hay algunas de éstas que se alimentan de toda clase de reptiles sin respetar ni las especies más venenosas. Y aquí surge mi duda. Si comen animales venenosos ¿cómo se pueden librar de los tremendos efectos del veneno? Yo creo que si la picadura de un reptil dañino es peligrosa, más peligro habrá en ingerir al propio reptil que es portador del temible líquido venenoso.

—Ciertamente es curioso el motivo de tu pregunta y te citaré como ejemplo el caso del «pájaro doctor» para que quede satisfecha tu curiosidad.

—El nombre del «pájaro doctor» ya es por sí solo muy interesante.

—Claro que este nombre no es el que le corresponde en la clasificación de las aves hecha por los naturalistas. El «pájaro doctor» es una variedad de los milanos de América del Sur. Es un ave rapaz de proporciones gigantescas, pues llega en algunos casos a medir más de metro y medio de largo, desde el pico a la terminación de la cola.

—Me pone los pelos de punta pensar qué haría yo si me encontrase solo y sin armas con uno de estos pajarracos.

—No pienses en cosas tan poco probables, Chonón. Además, estos animaluchos huyen por regla general del hombre porque saben que llevan las de perder.

—¡Pero si son más grandes que un hombre!

—Mayores son los elefantes y, sin embargo, huyen de los disparos de rifle. El hombre suple con su inteligencia los medios naturales de defensa y ofensa de que están dotadas las fieras. Tú no debes temer a ningún milano por grande que sea si llevas un buen rifle y sabes tirar bien, porque antes de que el milano llegue a ti lo habrás abatido en tierra de un certero disparo.

—Pero ¿y si no sé tirar o no llevo rifle?

—Pues en ese caso no pienses en meterte por sitios donde haya animales feroces. Te vas a paseo por lugares donde no haya semejantes peligros, y en paz.

—Conforme.

—Para el «pájaro doctor» es un bocado exquisito el de la carne de los reptiles y no se conforma con atacar a reptiles inofensivos sino que busca y acomete a las especies venenosas, como las cobras, las malignas víboras y otras.

—Entonces me haces suponer que estos pajarracos son insensibles a los efectos del veneno.

—No lo creas. Una picadura dañina les produce el mismo efecto que a los demás seres de la Naturaleza. El veneno inyectado en su sangre puede causarles la muerte.

—Pues no me explico cómo se atreven a atacar a bichos tan peligrosos.

—Si te fijas un poco en el expresivo calificativo que se les da a estos milanos, quizás comprendas por qué se libran de los terribles efectos del veneno. Fíjate en que se les llama «pájaros doctores».

—O sea, «pájaros médicos». Pero yo no puedo sospechar que estos pájaros sepan de medicina ni una palabra.

—De medicina no sabrán nada; pero están dotados de un maravilloso instinto que les hace curarse a ellos mismos cuando sufren la picadura de un animal venenoso.

—Me admira tu revelación, querido buho, y si no fuese porque tú no mientes nunca, me costaría trabajo creerlo.

—Pues créelo a pies juntillas, porque esta facultad de los milanos está comprobada por las observaciones de nuestros testigos oculares.

—Dime qué han visto esos testigos para asegurar tan rotundamente ese prodigioso instinto.

—Pues han visto al «pájaro doctor» atacar furiosamente a una serpiente venenosa. En la lucha el reptil ha mordido al milano y le ha inyectado con su mordisco su mortífera ponzoña. Tan pronto el ave se ha sentido herida ha huido, pero no acobardada por la acometividad del reptil, sino en busca de un remedio que la previniese de una muerte segura. La han visto dirigirse hacia un árbol en cuyo tronco se enrosca, como una enredadera, una planta trepadora llamada *mikiana*, cuyas hojas contienen un jugo que tiene la propiedad medicinal de curar las picaduras malignas. Después de comerse diez o doce de estas hojas el «pájaro doctor» queda curado e inmunizado contra los efectos venenosos y vuelve con más bríos en busca del reptil que le mordió. Enfurecido le acomete a picotazos hasta matarlo y devorarlo después.

—Maravilloso.

—Te explicarás ahora el por qué del apodo de «pájaro doctor».

—Y que le está de perlas el nombrecito.

—Además, este instinto ha servido de enseñanza a los indios que habitan regiones en donde abundan reptiles venenosos, pues lo mismo que el milano, buscan la planta *mikiana*, le extraen el jugo y haciéndose un corte en la piel, se inoculan el líquido en la sangre, con lo cual quedan inmunizados contra el veneno de los reptiles. Es una vacuna de sorprendentes efectos.

—Y baratísima.

—Ya lo creo; como que sólo cuesta el trabajo de cogerla de la planta.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Jesusa Morales.—Tu dibujo de Tin y Ton y tu cuento «El crimen vengado» me han gustado extraordinariamente, y ambos lindos trabajos irán a mi revista. Abrazos apretadísimos de Pirula.

Araceli Méndez.—Tu precioso cuento es cortito, pero lindísimo. Has enterrecido con él a Pirulita, que no cesa de llorar desde que lo ha leído. Irá a mi revista en cuanto le toque su turno. Tuyo incondicional.

Agustín Piches.—Tu soberbio guerrero y tu acertadísima pareja de Pinocho y Morronguis no pueden publicarse. Están hechos a lápiz y no se pueden reproducir. Es la milbillonésima vez que lo tengo que decir, pues mil billones de pinochistas han incurrido, como tú, en el mismo lamentable descuido. Claro que la penitencia de este pecado es bien poca. Con hacer los dibujos con tinta, esta todo arreglado. Siempre tuyo.

Juan Izquierdo.—Con tu minúscula carta han llegado tus colosales dibujos, que me han llenado de admiración. Mándame más trabajos y a esperar que les llegue su turno. Tuyo incondicional.

Teófilo José Tuñón.—El Jurado unánimemente ha acordado tributarte un caluroso aplauso por tu obra de arte. Ya sabes, pues, lo que el Jurado piensa de tu trabajo. Mi enhorabuena y abrazos.

Pinocho

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

=====
 Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.
 =====



Un buen aparato.
JOSÉ ALEMANY.



De paseo.
JUANITO DE LA SERNA.



Guillermo II.
BAUTISTA NIETO.



La princesa Zo-
raida.
MERCEDITAS REY.



El perrito de Pi-
nocho.
GLORIA MUGURIZA.



La tartana del pueblo de mi
mamá.
ANDRESITO RUIZ DE LA
ROSA.



Retrato.
J. LÓPEZ.



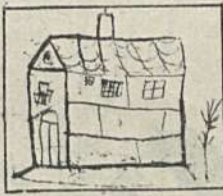
Doña Inés.
B. NIETO FERNÁNDEZ.



Un pollito «bien».
MARÍA BARROSO DEL HOYO.



Paisaje natural.
JOSÉ SUÁREZ.



La casa de mi abuelito.
MARÍA PAZ RAMÍREZ.



Caricatura.
BALBINO F. B.



Una barraca.
ANTONIO FERNÁNDEZ.



Mis juguetes y mis amigos.
JULIO SAUZA.



Un crucero.
RAMIRO HERNÁNDEZ.



Transatlántico «Pinocho».
ALPONSO ÍRIGO.



Colorín.
CARLOS ZAPATERO.



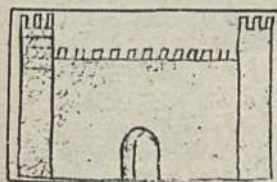
Pinocho bate el «record» de
velocidad.
FELIPE FIGUERA.



Don Juan Tenorio.
M. NIETO MOLINA.



El «Plus Ultra».
C. Z.



Castillo arruinado.
MANOLO ARAGUSO.



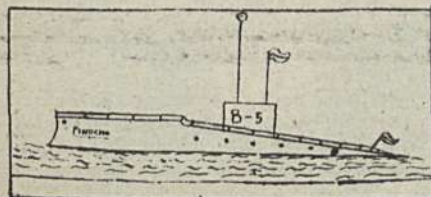
Un automóvil.
ANTONIO MONDEJAR.



Convite en casa de Pinocho.
M.ª ANTONIA SOLER.



Morronguís.
LUIS AYORA.



El submarino «Pinocho».
ANTONIO CASTRO.



Samitier y Zamora.
EUSTAQUIO URETA.



Gym.
ANTONIO VÁZQUEZ.



Velázquez y su oficio.



N. N.

NO LEAIS NUNCA COMIENDO



Luisita leía el PINOCHO.



Pero Negrito y Micifuz huelen el chocolate.



Y cuando acaba su lectura, se encuentra con el tazón vacío.
GREGORIO LOSCERTALES.



Currinche.
ROMÁN JUGO.



—¿En qué se parecen los juguetes a un poste de teléfonos?
—En que los juguetes son «pa» los chicos y los postes palos grandes.—MARUJA MORENO.



Silueta.
R. J.



Mi casita de campo.
PEDRO ORDUÑA.



El pensamiento de Pirula.
MARÍA BARROSO DEL HOYO.



Mi borreguillo.
MARÍA CARO.



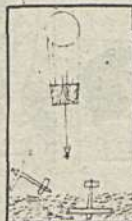
Currinche.
ANTONIO FERNÁNDEZ.



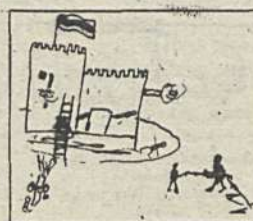
Pirula.
L. AYORA CATALÁN.



Pinocho va al barrio de «Urrullo» a vender su periódico y a buscar pinochistas.
JULIÁN ECHEVESTE.



El teniente Durán intenta salvar al teniente Núñez.
C. J. GARCÍA.



El asalto del castillo.
PACO DE AGUIRRE.



Cocodrilos.
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



Un chino.
ELVIRA SERRANO.



El inspector.
CARLOS ZAPATERO.



Luz y alegría.



NENY.



Don Quijote.
JUAN DEL AMO.



Don Turu.
M. J. GARCÍA RODRIGO.



Un trasatlántico.
ANTONIO PRIETO.



Lucio.
MARÍA VICTORIA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio : Antonio R. Galván.
- Segundo premio: Felisinda Cortezo.
- Tercer premio : Isabel Mariana.
- Cuarto premio : Felipe Roncal.
- Quinto premio : Anastasio Cuadra.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Manuel Rivas Cacho, Luis Izquierdo Jordán, Gertrudis Ramos, Luisa María Arribas, Jacinto Huelves, Marcelino Esteban, Cruz Esteban, Isabel de Pedro, Domingo Martín, Ramiro Santolalla, José María Larramburo, Mary Nicolny.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Pa a entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE NOVIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Dibujos ... { Primer premio : Antonio Díez Sandes.
- Segundo premio: J. Antonio Galán.

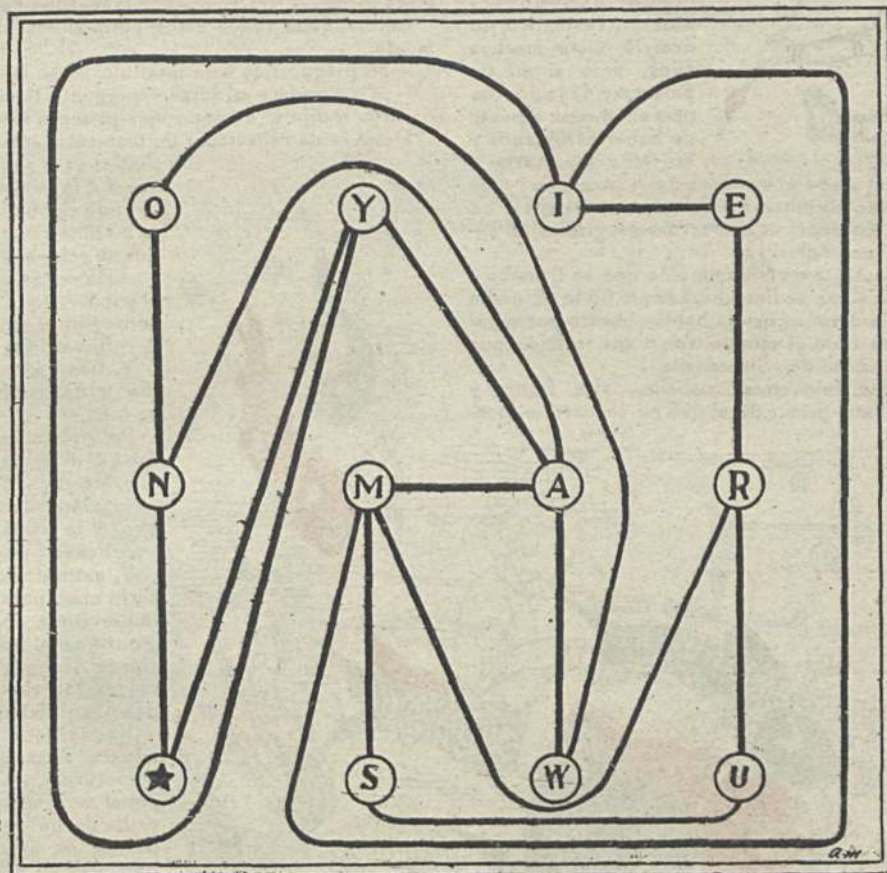
ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Luis López, F. Letamendia, Carlos Rico, Gabriel Monje, M. Recasens, Juan Bravo, J. Serrano Cubillo, Teodoro González, Manolita García, A. Campoamor, Jorge V. Radaelli, José Ramiro, Andrés Santoyo, Felipe Bustamante, Enrique Delgado, Octavio Valiente, Matilde Collado, R. Galbe, Juan Martínez, Alfonso Romero, Pilar Cienfuegos, Eduardo Rus, Manuel Mendivil, Santiago de los Santos, A. Ortiz, Irene Silvestre, Carlos Zamora, Mateo Mille.

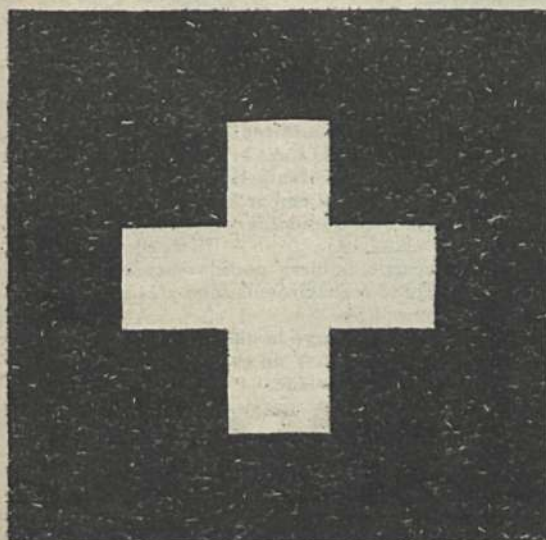
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

VIAJE COMPLICADO



Este dibujo representa un plano de una región con doce ciudades. Nuestro viaje va a consistir en salir de la ciudad marcada con la estrella y terminar el viaje en la ciudad E, habiendo pasado por todas ellas nada más que una vez. Quiere decirse que no se podrá desandar el camino andado, ni visitar una ciudad dos veces, aunque nos gusten mucho sus edificios y paisajes. Para que yo sepa qué camino habéis elegido, de los varios que hay marcados, trazad uno de puntos al lado del que elijáis, poniendo una flecha en la dirección en que vayáis andando.

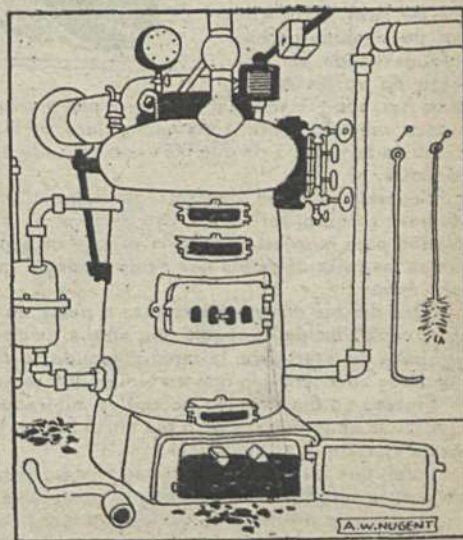


ROMPECABEZAS

Recortad el cuadro y la cruz blanca. Unicamente se aprovecha lo negro, que habréis de dividir en cuatro trozos iguales, y con estos cuatro trozos negros formad otra cruz de la misma forma que la blanca que había en el centro.

DIBUJO CON ERRORES

Seis son los errores que hay en este dibujo, que, como veis, representa una caldera de la calefacción. Uno, de los errores consiste en que el manómetro, esa especie de relojito que hay en la parte superior de la caldera, no tiene manilla. ¿Cuáles son los otros cinco?



Sección Pirula

Cuentos de Pirula



Sinsesosita.—Mi cuento, aunque sea bastante fantástico, no ocurrió hace muchos años, pero sí en un país muy lejano, un país en el cual, a pesar de haber aeroplanos y luz eléctrica, taxis y

teléfono automático, siguen sucediendo cosas de esas que en todos los demás países solamente sucedían en tiempos remotísimos; un país, en fin, cuyo nombre ignoro, cuya colocación geográfica no recuerdo y cuya historia se me ha olvidado.

Pues bien, en ese país fantástico vivía una niña que se llamaba... ¡Perdón! No puedo decir cómo se llamaba, porque no lo sé; nadie lo sabe; lo único que puedo decir es que la habían puesto por mote «Sinseso», y así la llamaba todo el mundo, salvo sus íntimos, que preferían el diminutivo cariñoso de «Sinsesosita».

Sinsesosita era lindísima, bondadosa, risueña, dulce, franca y trabajadora; también era lista, pero esto sí que no lo parecía, porque era, ¡ay!, la criatura más atolondrada que darse pueda.

Los disparates que realizaba Sinseso al cabo de un día llenarían un tomo de esos que tienen los papás en sus bibliotecas.

Algunos ejemplos entre mil: Sinseso sabía hacer preciosas labores de crochet; pero no bien había acabado un «sweater» o un echarpe, un trajecito de muñeca o un gorro para deportes de nieve, cuando siempre se le ocurría tirar de un cabo de la lana o de la seda «para ver qué pasaba»; lo que pasaba es que la labor se iba deshaciendo y esto le parecía a Sinseso tan gracioso, que no paraba de tirar hasta que en pocos minutos había destruido su trabajo de varias semanas. Así, aunque trabajaba siempre con mucha aplicación, no tenía nunca ninguna labor terminada; claro es que este sistema tenía también la ventaja de que las mismas madejas le volvían a servir siempre.

Generalmente, los disparates de Sinseso le eran inspirados por su buen corazón; así un día oyó decir a su mamá que el fumar es nocivo para la salud, y sin más ni más quemó todos los pitillos y todas las cajas de puros que tenía su papá «para que no le hicieran daño».

Otro día fué un pobre a la casa a pedir una limosna, y Sinsesosita, compadecida, le regaló una pierna de cordero que la cocinera acababa de asar para la cena; y cuando la familia se sentó a la mesa, se encontró con que no tenían qué comer.

Sinseso un día sacó los pececillos colorados de la pecera «para que no se ahogaran», y otro día abrió la puerta de la jaula del canario «para que se ventilase».

Total, que los papás de Sinseso se desesperaban, y al fin, cuando se convencieron de que, pasando el tiempo, su hija se iba volviendo cada vez más absurda, se decidieron a consultar a un célebre mé-

dico para saber si el atolondramiento de Sinseso podía tener cura.

El médico llegó con mucha pompa; llevaba grandes gafas redondas y tenía una barba imponente. Obligó a Sinseso a sacarle la lengua, luego a abrir la boca, diciendo «aaaaah»; preguntó si tenía apetito y si tomaba por la mañana café o chocolate.

Enterado de todos estos pormenores, el doctor declaró gravemente:

—Mi diagnóstico será infalible; ya sé la enfermedad que... que...

—¿Que padece mi hija? —preguntó la mamá.

—No —dijo el doctor— que padecen los que la rodean.

Después de reflexionar un momento ante la expectación de todos, el gran sabio dijo:

—Le falta sentido común.

Todo el mundo quedó aterrado por esta terrible revelación, salvo Sinsesosita, que se echó a reír.

—Entonces, señor doctor —preguntó el papá—, ¿qué debe hacer la niña para conseguir el sentido común que le falta?

—Buscarlo —contestó el doctor.

Y, tras de anunciar esta gran sentencia y de cobrar quinientas pesetas, se fué.

Sinsesosita no se había desconcertado; sin dejar de reír, declaró:

—Me voy a buscar sentido común.

—¿Dónde? —exclamaron a una el papá y la mamá, asustados.

—Pchss... no sé...; por ahí...

Y, naturalmente, no se detuvo a pensarlo más; para que no la tacharan de improvisadora, cogió un panecillo, se lo guardó en el bolsillo a modo de provisiones de boca para el viaje y echó a correr, tan rápida y ligera, que no fué posible ni detenerla ni darle alcance.

Varias horas anduvo Sinsesosita corriendo, saltando y cantando; de pronto se detuvo; tenía hambre. Se hallaba en aquel momento en un bosque junto a la orilla de un pequeño lago; se sentó al pie de un árbol, sacó su panecillo, lo partió y...

...y al hacer estas unas migas saltaron

al agua y varios pececillos acudieron a comérselas.

—¡Uy, qué monos! —exclamó Sinseso palmoteando de alegría.

Y, ni corta ni perezosa, desmigó todo su pan en el agua. Cuando hubo acabado, notó, no sin sorpresa, que seguía con tanta hambre como antes o un poco más. Pero no se detuvo a reflexionar acerca de este fenómeno extraño.

Lo único que se le ocurrió fué que resultaría muy divertido pasar a la otra orilla del lago; y para ello se quitó un zapato, lo colocó sobre el agua y... se sentó encima.

Puesto que en aquel país ocurrían cosas fantásticas, bien hubiera podido suceder que un zapatito le sirviese de lancha a una niña para pasearse por un lago, ¿verdad? Pues he de advertiros que Sinsesosita había leído algunos cuentos fantásticos. Uno, por ejemplo, en que una niña atravesó un lago embarcada en una cáscara de nuez, sirviéndole de palo un mondadientes y de vela un papel de fumar.

Sin embargo, lo que ocurrió hubiera podido suceder lo mismo allí que aquí, que en la China o en Groenlandia; y es que Sinsesosita y su zapato se fueron a pique.

¿Se ahogaron? Al menos ¿se ahogó la niña? No, porque entonces se acabarían aquí sus aventuras. Y no es así. Por el contrario, siguen y terminan el domingo que viene.

